

mas tierno, no han llegado hasta nosotros. Al fin exclamó: «¡Oh María; socórreme!... «llega el momento en que Dios llama á sus «amigos á sus bodas!... el esposo viene en «busca de la esposa!» y luego en voz baja: «¡Silencio!... ¡silencio!» Y dicho esto, inclinó la cabeza como en un dulce sueño, y entregó triunfante el postrer suspiro². Su alma voló al cielo en medio de los Ángeles y Santos que habian salido á su encuentro. Por todo el ámbito de aquella humilde habitacion, que solo contenia ya sus mortales despojos, se difundió un aroma delicioso; y por los aires se oia el cántico de voces celestiales que celebraban con inefable armonía las sublimes palabras de la Iglesia, compendio de aquella vida: *Regnum mundi contempsi, propter amorem Domini mei Iesu Christi, quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi.*

Esto sucedia en la noche del 19 de noviembre del año 1231; la Santa tenia apenas cumplidos veinte y cuatro años³.

¹ *Passional*, f. 32; *Ann. de Hainaut*.

² *Submissa voce omnibus qui circa ipsam erant silentium indixit, et ita quasi suavissime obdormiens exspiravit. (Martene, pág. 1253). Tandem iubilando requievit... (Theod.).*

³ El manuscrito del príncipe de Solms, titulado:

CAPÍTULO XXX.

De como la amada santa Isabel fue sepultada en la capilla de su hospital, y de como las avecillas del cielo celebraron sus exequias.

Ece quod concupivi, iam video: quod speravi, iam teneo: ipsi sum iuncta in coelis quem in terris posita, tota devotione dilexi.

(*Breviar. romano*: antífona de santa Inés).

Diferente de todas las glorias humanas, la de los escogidos de Dios no comienza en la tierra, lo propio que en el cielo, sino desde su muerte; como si la paternal sollicitud del Señor hubiera querido poner siempre su humildad bajo la proteccion del olvido á las injurias de este mundo, hasta que ya no queda de ellos sino la envoltu-

Antiquitates monasterii Aldenbergensis, refiere que la pequeña Gertrudis, niña entonces de cuatro años, que se hallaba en el monasterio de Aldenberg, dijo en este mismo dia á sus compañeras: «Oigo tocar «á muerto en Marbourg; en este instante habrá fallecido mi amada madre!»

ra mortal, expuesta á sus dañosos homenajes. Por eso, no bien el alma de nuestra Isabel voló á buscar el rico descanso del cielo, cuando su cuerpo inanimado fue objeto de la veneracion que, cuando viva, le habian negado demasiadas veces; y aquella pobre viuda tan tenazmente perseguida, despreciada, calumniada, la verémos ahora ocupando el pensamiento de los fieles y teniendo conmovidos todos los espíritus, desde el Jefe supremo de la Iglesia hasta los mas humildes peregrinos de la piadosa Germania. No bien exhaló el postrer suspiro la Santa, fue amortajada por sus doncellas, con la ayuda de algunas otras mujeres devotas, con muestras de gran respeto hácia todo cuanto quedaba de aquella extraordinaria criatura, cuyos últimos momentos tan bien habian correspondido á las multiplicadas victorias de su anterior vida. Envuelto el cuerpo, segun los deseos de la Santa, en aquella ropa despedazada y vieja que era todo su adorno en vida, fue trasladado en hombros de los frailes Franciscanos, acompañados del clero y pueblo en medio de fúnebres cánticos y universal lamento, á la humilde capilla de aquel hospital de san Francisco, que

debía ser el primer teatro de su gloria despues de haberlo sido de sus heroicas luchas por el amor de Dios y de los pobres. Esta era aquella misma capilla en que la Santa solia entregarse á la oracion y demás ejercicios devotos¹.

Esparcido rápidamente el rumor de su muerte, acudieron presurosos todos los sacerdotes y religiosos de las cercanías, especialmente los Cistercienses, y una inmensa multitud de fieles, tanto ricos como pobres, ansiosos todos de tributar el postrer homenaje á la que, todavía tan jóven, acababa de recoger el fruto de sus trabajos. Animados por ese popular instinto, tantas veces presagio cierto de la fama verdadera, los mas ardientes pensaron desde luego en adquirir alguna reliquia de la futura Santa. Lanzándose sobre el féretro; los unos arrancaban pedazos del hábito, otros cortaban los cabellos y uñas de la Santa; y algunas mujeres llegaron hasta cortarle los extremos de las orejas; arrebatos que presentian los honores con que la Iglesia honraria de allí á poco aquellos preciosos restos². Entre tanto era general el dolor

¹ Justi, pág. 189 y 220.

² Dict. IV Ancill., 2032.

causado por aquella muerte; de todos los ojos corrian arroyos de lágrimas; por doquiera sonaba el lamentar y gemidos de los pobres y de los enfermos, privados por siempre de los tiernos cuidados de su bienhechora, cuyos despojos contemplaban con triste afán por la vez postrera: todos la lloraban á una, cual si cada uno acabara de perder á su propia madre ¹. Mas la angustia y desolacion de cuantos en ella perdian ó el modelo de la vida ó el apoyo de su fe, ¿quién podrá describirlas, y sobre todo, el violento dolor y afliccion de aquellos buenos Franciscanos, para quienes era, hermana por el hábito y la comun Regla, madre en la constancia y eficacia en protegerlos? «Cuando pienso, dice uno de ellos, «escribiendo la vida de su celestial amiga, «cuando pienso en esta tribulacion, mas «estoy para llorar que para escribir ².»

Exigió y obtuvo el pueblo, para saciar su devocion y afecto, que aquellos queridos restos continuaran expuestos al público en la iglesia por espacio de cuatro dias enteros, rodeados de multitud de fieles que entonaban piadosos cánticos, y no se har-

¹ *Dict. IV Ancill.*, 2032; *Theod. VIII*, 5.

² *Cod. Heidelb.*, pág. 32.

taban de contemplar el descubierto rostro de la difunta Santa; el cual, nuevamente dotado despues de la muerte de toda la frescura y brillo de la juvenil belleza, y ostentando en las mejillas la púrpura de la vida y la juventud, era para aquella concurrencia el espectáculo mas dulce y seductor ¹. La muerte habia dejado aquellas carnes frescas y flexibles al tacto, no tiernas, y cual si la vida circulara por ellas. «Antes de morir, dice un historiador, tenia «el semblante como suelen tenerlo aquellas personas que pasan la vida entre dolores y amarguras; mas despues de muerta, apareció tan terso, vivo, majestuoso y «bello, que causaba asombro con tal mudanza, como si la muerte, destructora de «todo, hubiera venido á reparar en ella, no «los estragos de la vejez y del tiempo, sino «los de la mortificacion y austeridades; y «cual si la gracia, vida hasta entonces del «alma, tomara ahora de su cuenta el vivificar aquel cuerpo. Creyérase ver allí al «través de las tenebrosas sombras de la «muerte relámpagos de la inmortal hermosura, ó ráfagas de gloria anticipadas en «aquella carne, cuerpo glorioso que habia

¹ *Theod. Passional*, f. 52.

«de ser el día de la resurreccion general ¹.»

La piadosa encantadora tradicion de que la hermosura fisica fuera restaurada y aumentada en el cuerpo de la difunta Isabel, ha sido fielmente seguida por el incógnito artista á cuya mano se deben los principales rasgos de la vida de la Santa esparcidos por los retablos de Marbourg, y que la representó expuesta en su féretro muy mas hermosa que en los otros diversos pasajes.

No era solo el sentido de la vista el recreado en tan dolorosos momentos por el cuerpo delicado y sacro de la jóven difunta, pues que tambien se exhalaba de él un perfume delicioso y suave, símbolo dulce de las divinas virtudes, de que habia sido depósito y cubierta cuando vivo ². Con esta ocasion ofrecianse á la memoria de las almas piadosas aquellas palabras del Sábio, cuando dice que la memoria del justo es como un admirable perfume ³. «Con este «maravilloso olor, dice el autor citado, se «consolaban mucho de aquella pérdida los «pobres y el pueblo todo, templándoles el «abatimiento y deteniendo el curso de las

¹ El P. Arcángel, pág. 478.

² Theod.

³ Eccli. XLIX, 1.

«lágrimas y sentimiento; como que tal prodigio era una prenda segura de que la «muerte de la Santa no habia de ser parte «á estorbarla el seguir siendo, aun mas «que en vida, la caritativa madre del pobre, seguro amparo de los afligidos; los «cuales todos, invocándola en los trabajos, «recibirian fuerza y virtud del sagrado perfume de las oraciones de Isabel, subiendo «incesante hasta el trono del Eterno ¹.»

Al cuarto día del fallecimiento se celebró el funeral con solemnidad grande. Aquel puro y rico bálsamo fue concentrado en ataúd reducido; la rica y resplandeciente joya, escondida bajo humilde losa en la misma capilla del hospital ² en presencia de los abades y religiosos de muchos monasterios vecinos y de un inmenso concurso mantenido en orden, merced á los prudentes esfuerzos del clero ³. Violento y estrepitoso fue el dolor de aquella imponente reunion de cristianos; y á la verdad que

¹ El P. Arcángel, pág. 479-80.

² Tenia esta capilla treinta piés de ancho y largo. Segun una tradicion constante, en ella estuvo sepultada la Santa hasta que se le construyó su grande iglesia.

³ Theod. VIII, 6.

no cabia mas decisivo y cabal homenaje enaquel momento á la Santa difunta. Aquel inagotable llanto y lastimeros ayes iban al propio tiempo unidos á la expresion de sentimientos mas fecundos y mas dignos del objeto; pues todos los fieles á una dirigian al cielo acentos de fervorosa devocion y gratitud piadosa, por haberse Dios dignado darles tan glorioso modelo y avisos tan admirables ¹.

Empero guardaba el Señor para su amiga homenaje mas dulce y tierno. Mientras en la noche anterior se cantaba el oficio de Difuntos, la Abadesa de Wechere ², que viniera á tomar parte en la fúnebre ceremonia, oyó por afuera una armonia que la admiró sobremanera; salió con otras muchas personas á ver el origen de aquel extraño suceso, y vieron todos que sobre el tejado de la iglesia habia, no obstante ser invierno, una multitud inmensa de pájaros de especie desconocida, los cuales cantaban con tal suavidad y varios tonos, que cuantos lo oian quedaron atónitos y pasmados. Aquellas avecillas estaban ocupadas, al

¹ Theod. VIII, 6.

² Acaso será Wetter, abadía de la diócesis de Mayenza.

parecer, en celebrar á su manera los gloriosos funerales; y segun algunos, eran Ángeles que Dios enviara para acompañar al cielo el alma de Isabel, y volvian ahora á la tierra á honrar su cuerpo con cánticos de celestial gozo. «Estos pajaritos, dice san «Buenaventura, han dado testimonio de su «pureza, hablándole en su lengua al tiempo de sepultarla, y cantando con esta prodigiosa dulzura, cuando ya estaba debajo de tierra. El que para reprimir la locura de un profeta quiso hablar por boca de una asnilla, bien pudo hablar tambien por la de estos pájaros para proclamar la inocencia de una Santa ¹.»

¹ Serm. in Brev. franciscano.

CAPÍTULO XXXI.

De los hermosos milagros conseguidos de Dios por la intercesion de la amada santa Isabel; y de como su cuñado, el duque Conrado, trató de hacerla canonizar.

In vita sua fecit monstra, et in morte mirabilia operatus est.

(*Eccli.* XLVIII, 15).

No tardó el Señor en hacer patente el portentoso poder con que en lo sucesivo queria dotar á aquella, cuya vida mortal toda entera habia sido un acto continuado de humildad. Como prenda de victoria y triunfo, apresuróse á conferir el derecho de disponer de las riquezas del cielo á aquella enamorada sierva suya que en la tierra todo lo pospuso á la abyeccion y á la miseria.

Al segundo día despues de los funerales vino un monje del Cister á postrarse junto á su sepultura en demanda de socorro. Ya habia mas de cuarenta años que este pobre religioso estaba enfermo de un dolor interno ocasionado por una secreta llaga del corazon, contra la cual habian sido infruc-

tuosos todos los remedios humanos; mas en cuanto hubo implorado con entera fe á la celosa consoladora de todos los sufrimientos, se sintió de repente sano y libre del yugo bajo el cual gemia; y de ello dió testimonio bajo juramento ante el maestro Conrado y el párroco de Marbourg ¹. Tal fue la primera milagrosa cura operada por su intercesion; y á la verdad que no sin un dulce interés puede pensarse en esto de que una alma tan enamorada y tierna, tan atormentada en vida por las emociones del corazon, eligiera por primer objeto de sus piedades en el cielo una de esas crueles pruebas interiores que las humanas medicinas no saben ni curar ni plañir siquiera.

Vino tambien poco despues al mismo sepulcro cierto prelado de ilustre alcurnia é investido de una alta dignidad eclesiástica: aunque la historia calla su nombre, dice que le deshonoraba entregándose á todos los excesos de un libertinaje, tanto mas odioso cuanto que recaia en una persona de sagrado carácter ². Arrastrado por el remordimiento y la vergüenza, habia acudido muchas veces el infeliz al tribunal de

¹ *Conr. ad Papam*, pág. 113.

² *Conr. Ep. ad Papam*, loc. cit.